

SNTE

*Sindicato
Nacional de
Trabajadores de la
Educación*

"POR LA EDUCACIÓN AL SERVICIO DEL PUEBLO"



**DESDE
EL AULA**

DESDE EL AULA

Proyecto colaborativo



© Desde el aula, 2019. Todos los derechos reservados.

Sala de Maestros

Primera edición: febrero de 2019

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

PRÓLOGO

Dar voz al maestro ha sido el propósito fundamental del Proyecto «Sala de Maestros» implementado por el Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación (SNTE) a través de su iniciativa Activista SNTE. Bajo el compromiso de constituir un Sindicato moderno, innovador, pero sobre todo, cercano a sus agremiados, la dirigencia nacional decidió crear una comunidad virtual de maestros para maestros. Aquí diariamente, miles de docentes generan, comparten y discuten contenidos que nos han permitido entrar en su cotidianidad, acercarnos a sus espacios más íntimos y darles a cada uno la voz que permite construir una conciencia colectiva y la oportunidad de hacer visible sus logros, opiniones, casos de éxito, inquietudes y contribuciones al mejoramiento de la educación y a la formación de millones de niños y adolescentes mexicanos.

Uno de los principales objetivos del Sindicato es el fortalecer la relación entre los Trabajadores de la Educación mediante acciones que den sentido a la identidad y pertenencia, para contribuir a la solidez de la organización sindical. Activista SNTE a través de su comunidad *Desde el Aula* ha fomentado lazos de unidad y una gran participación, todo esto, alineado al Eje Estratégico *Cercanía SNTE Uno a Uno*.

Desde el Aula, es un esfuerzo que intenta recabar todas estas participaciones e intercambio de experiencias a manera de un merecido tributo a una de las más nobles profesiones que existen... la docencia. Si bien es un relato que nos permite ser testigos del transcurso cotidiano de un día escolar en un plantel educativo, cada uno de los sucesos que en él

transcurren, están basados en historias reales, reflexiones y situaciones que marcaron la vida de muchos docentes.

Es importante que en el contexto actual, en el cual se están estableciendo las bases de la política educativa de los próximos años, estemos ciertos que el compromiso de los maestros con el país ha sido y será una constante. La participación del Sindicato en los foros de consulta están fundamentados en la experiencia y conocimiento de miles de maestros que han plasmado su sentir en iniciativas como Sala de Maestros y muchas más que ha impulsado el SNTE durante los últimos años.

Agradecemos a cada uno de los maestros que a la par de su labor en las aulas del país, se toman el tiempo para contribuir en la conformación de esta gran comunidad digital. *Desde el Aula*, no es producto de una pluma, ni de una mente, sino del ejercicio colectivo. Todos los mexicanos, independientemente de su profesión, encontrarán en estas líneas la motivación y la fuerza necesaria para hacer frente a los retos del día a día.

Aunque a todos nos interesa el país y hay muchas cosas por atender, sin duda, vale la pena hablar de los maestros. Gracias a ellos la escuela está viva y el salón de clases seguirá siendo un espacio para la esperanza.

*Mtro. Alfonso Cepeda Salas
Secretario General del SNTE*

UN AMANECER MÁS SE EXTIENDE SOBRE LA TIERRA Y POCO a poco México se despierta, algunas personas están en pie desde hace rato y entre bostezos sobrevuelo este hermoso país. Selvas, desiertos, grandes ciudades, hermosos poblados, en esta tierra sobreviven raíces, tan antiguas como la humanidad, que perviven en medio de la vorágine del mundo actual. Con mucha tris teza me encuentro también con todos los desperfectos que no hemos podido resolver, somos muchos ya; la mayoría con un gran corazón, es cierto, pero constantemente parece que nos persiguen las sombras, los jóvenes crecen a la par de la decepción y la violencia, mientras la indiferencia cubre el semblante de muchos mexicanos. Aunque mi naturaleza es distinta, me cuento entre ellos, todos los días salimos con la idea de cambiar el rumbo, pero nos detiene la marea.



Afortunadamente hay una legión que no se detiene y confío que en las escuelas crezcan los próximos héroes, ya no soldados, sino seres humanos despiertos, capaces, brillantes. Hace tiempo que no visito una escuela. ¿Cómo pasarán el día ahí? Esos lugares son todavía el faro que debe guiarnos y

sus maestros quienes protegen la esperanza. Porque educar siempre será el camino, no debemos perder la brújula. Enseñar y aprender de la enseñanza es un placer y, como tal, hay que asumirlo. Es importante hacernos responsables de lo que nos toca a cada uno, pues al final, nuestro país y todos nosotros seremos los beneficiados.



Con esta idea en la mente, decido asomarme a la casa de un profesor, es un maestro algo mayor, pero sin duda hace horas que está en pie, va y viene sin detenerse, en la faena diaria, pero sonrío para su familia y en una breve pausa conversa con alguien a la mesa, alguien que lo mira preocupada.

—¿Cómo sientes las cosas? ¡Todo se ve tan complicado!

—Sí, las cosas, de un modo u otro, siempre son complicadas, pero yo tengo todo muy claro.

—¡Qué vas a tener claras las cosas!

—Pero sí son claras. Yo soy un maestro y los maestros nos preparamos para formar seres humanos, día a día lo hacemos con esmero, con entusiasmo. El problema es que no es posible hacerlo solos, maestros y sociedad no somos enemigos, somos una familia. Por eso, nosotros queremos formar un solo equipo, una nueva esperanza. Este es el rumbo, educar.

Este pequeño discurso me toma por sorpresa, me encanta su determinación, eso es justo lo que he pensado esta mañana, en las escuelas comienza todo y hacia allá me dirijo, en compañía de este maestro que parece haberme leído el pensamiento.

Es temprano todavía, pero en la entrada de la escuela desfilan ya varias personas, maestros y maestras con cara de cansancio, pero también sonrientes, motivados. Me dejo llevar entre sus conversaciones y sonrío, esto es justo lo que pensaba, ellos son el comienzo, el punto de partida.

Ya en la puerta me pierdo entre las personas y de lejos veo al maestro que seguía, pero no lo alcanzo, pues me distraigo al escuchar a un par de docentes que parecen querer darse ánimo entre ellos, uno luce muy joven, diría que se ve un poco asustado. ¡Es su primer día!

En la sala de maestros el tema se abre en torno a los retos que le esperan a ese joven, pero le dan ánimos:

—Como docentes, debemos conocernos a nosotros mismos, necesitamos saber en dónde nos encontramos para facilitar la enseñanza—. Le dice una maestra animada, pero con mucha seriedad.

—Es verdad, sólo así nuestros alumnos se sentirán contentos y motivados, con ganas de volver a la escuela día a día y, en el futuro, convertirse en buenos integrantes de nuestra sociedad—. Agrega otro docente.

Poco a poco se llena la sala, algunas personas llegan entusiasmadas, otras francamente cansadas, platican entre ellos o afinan detalles para la primera hora. Una vez que la mayoría ha llegado el director los reúne. Veo que presentará al maestro recién llegado, un maestro foráneo. ¿De qué tamaño serán sus sueños y entusiasmo para haberse ido tan lejos del primer hogar?

Tras un pequeño discurso, todos en la sala buscan infundirle ánimos, el joven sonriente se ve listo para comenzar. Lo observa y, aunque se nota tímido, también les dirige unas palabras:

—Muchos me dijeron que esto no tenía caso, que ser maestro no me convenía, pero yo creo que la labor del docente en la actualidad, no se trata solamente de transmitir el conocimiento, sino de hacerlo significativo. La educación no es un caso perdido, pero debemos darle voz al alumno, conocerlo, escucharlo y embarcarnos en el aprendizaje junto con ellos.

Con esas palabras nos quedamos todos, de pronto suena la campana y cada uno sale disparado a su salón de clases.

Todo el ambiente me llena de emoción, hace tiempo que no pasaba el día en una escuela y quisiera observar cada detalle, aprender de los chicos tanto como de los docentes, veo a los alumnos caminar hasta sus asientos, para comenzar un nuevo día, para comenzar una nueva aventura. Me asomo a las ventanas y escucho fuerte el coro:

«¡Buenos días! ¿Cómo están?»
Llegan, desde las aulas sonidos,
risas, miradas furtivas, mucha
vida, ganas de aprender, muchas
ideas y quizá, alguna frustración.

Me acerco a un salón que llama
mi atención por el entusiasmo
del maestro, que se ve tan loco
por vivir, incapaz de renunciar
a lo que le gusta. Biodiversidad,
respiración, ecuaciones químicas,
moles, experimentos, proyectos,
todo lo necesario para motivar y
guiar a sus alumnos en el camino,
seguro de querer llevarlos al
mundo del conocimiento.

Incapaz de alejarme, descubro
que este grupo se prepara para algo especial, todos los alumnos
trabajan en un proyecto que nació con la idea de ayudar a su
comunidad. En este lugar la basura se acumula a gran velocidad,
pero estos alumnos descubrieron que el unicel se deshace al
mezclarlo con gasolina y pensaron que podían usar esa mezcla
para cubrir las láminas de los techos de la escuela, con la guía
de su maestro agregaron un polímero accesible: pegamento
blanco. Aquí veo un ejemplo de lo que siempre he pensado,
los docentes deben facilitar el conocimiento, permitir que los
alumnos lo construyan por sí mismos y lleguen a ser críticos
y reflexivos, necesitamos que tomen buenas decisiones, pues
ellos son el futuro. Guiarlos es la misión de los maestros.



El salón de clases ha cambiado, ya no es un lugar donde el maestro dicta qué, cómo y cuándo se debe hacer, hoy en día es un campo abierto, de exploración y de batalla, lejos de etiquetas o prejuicios, cada alumno esconde un potencial distinto. Es el maestro el curioso detective que busca entre sus estudiantes, los escucha y los observa, para extraer el potencial que esconde cada uno de ellos.



Este grupo es un gran ejemplo de ello, veo a los alumnos emocionados que preparan una exposición extraordinaria; colgada en el salón hay una medalla, pues este proyecto ha despegado ya. Los estudiantes tienen la ilusión de subirse a un avión, de llevar sus ideas tan lejos como sus sueños, pero cuando tocan el tema descubro una súbita y triste expresión del maestro, me doy cuenta que algo no va del todo bien.

—Muchachos, les tengo que decir algo—. El profesor camina con la cabeza baja entre las bancas y las sonrisas se congelan. —Hasta ahora no hemos podido conseguir los recursos, llevar nuestro proyecto a Expociencias es muy difícil. ¿Lo saben no?

Se nota de inmediato cómo la ilusión se revienta en el pecho de los chicos. Pero son muy comprensivos y le aseguran al maestro que todo estará bien, que no debe preocuparse. Esa

actitud conmueve al maestro que se queda un poco triste, impotente ante esta adversidad. Puedo ver que es un grupo extraordinario, los alumnos trabajan en equipo, se emocionan y no dejan que la decepción los detenga, porque siguen en su labor. ¡Hay tanto entusiasmo en este lugar!

El desencanto se queda en la atmósfera y decido moverme a otro salón. Detrás de una puerta escucho el bullicio de un grupo de alumnos más jóvenes, parecen felices, pero tras la ventana veo a una maestra que lucha un poco por poner orden entre los chicos. Con su voz amable, pero firme convence de inmediato a la mayoría del grupo de sentarse y seguir las instrucciones de la actividad, pero distingo entre la marea de niños uno que no logra quedarse quieto, parece que al notar el silencio se abruma tanto que necesita levantarse, moverse, hacerse notar, habla tan fuerte que grita; una vez que todos están en orden, interesados en el ejercicio, lanza bolas de papel a sus compañeros, quienes irritados responden de inmediato.

Noto el semblante de frustración en la maestra. Ella sabe que ese pequeño marca el ritmo de todo el salón de clases, pero sabe también que no debe seguirlo, hay determinación en su mirada, pero ya se nota cierto cansancio. De nuevo se concentra en los otros estudiantes, los que esperan con avidez el conocimiento que vinieron a buscar al aula. Sin duda el pequeño se siente aislado y quizá es por eso que levanta tanto la voz, con la intención de que alguien lo mire. En medio de ese salón de clases está solo con su rebeldía. Es un grupo numeroso y la persona al frente no tiene suficientes brazos para sostenerlos a todos.

Esta es la parte difícil. Debemos dejar de lado esa estructura en la que el docente impone una manera de ser, donde quiere que el grupo sea un cúmulo de sujetos alienados, deberíamos explorar un poco más en las potencialidades de cada alumno, dejar de etiquetar y optar por otras vías más saludables de atención a ellos, quizá como un método de prevención, para tener un mundo más sano. Por eso podemos empezar por escuchar la conducta del alumno, pues algo intenta decir.

Se trata de convertir la escuela en una estructura abierta y permeable, en la que fluyan las «altas y bajas mareas» de todas las relaciones sociales. Esto permitirá generar nuevas formas de trabajo y estudio, capacitar alumnos para todas las áreas, las más recientes y las más tradicionales, en colaboración estrecha con profesores y alumnos.

Lanzo una mirada más a ese alumno extraño entre la comunidad antes de asomarme en otro grupo. Son los más jóvenes de la escuela, pequeños alegres que se entusiasman con todo lo que dice su maestra, quien sonríe para sus alumnos y parece divertirse. ¡Justo lo que se necesita para levantar el ánimo! En este grupo todo parece ir bien, niños y niñas atentos a una maravillosa docente que tiene bajo la manga diversas dinámicas para no romper la magia. De pronto noto que ella mira nerviosa una esquina del salón, donde hay un pequeña en silencio que los observa a todos con diversión, pero alguna tristeza en el semblante, no parece entender del todo lo que ocurre en el aula. Quiere participar y sigue los gestos de sus compañeros, mira desesperada a la maestra que repite lentamente las instrucciones pero no logra seguirlas. ¿Qué ocurre?



Sus compañeros quizá no perciben bien la diferencia, solo saben que ella no participa en su alegría y, aunque la maestra se ha esforzado, al final la niña se ha quedado atrás. Con la prudencia sabia de un niño que se sabe diferente esconde la cabeza entre sus brazos y se recarga en su banca.

La maestra se acerca a ella para consolarla un poco y por fin entiendo que la niña no escucha, es sorda, pero se esfuerza, hasta sonrío un poco antes de que la maestra vuelva con el grupo.

La educación debe ir más allá, tendría que hacer de la Institución Educativa una comunidad en donde el alumno y el maestro se sientan parte de algo más grande, en donde se les tome en cuenta, donde todos los miembros vayan a la par, se rompan los prejuicios y se eduque para la libertad, para el respeto al otro. Por lo tanto, no solo se trata de incluir a niños con diversidad funcional, sino de tener escuelas que respondan a las necesidades de todos los niños.

La situación me llena de tristeza, porque entiendo que aún si los profesores son grandes maestros, no cuentan con las herramientas necesarias, el grupo es grande y la exigencia del tiempo no se detiene, sin embargo cada ser humano posee su propio ritmo, aprender requiere de una intrincada red de

estímulos y sensaciones que rara vez regala el aula por sí misma, lo razonable es, entonces, permitir a los alumnos encontrar su propio ser y no imponer ese ritmo mecánico que muchas veces se le señala al maestro. Se trata de construir una comunidad, en donde cada uno aporte algo de sí mismo, tanto alumnos, como docentes.

En medio de esto escucho la campana, los salones se vacían a gran velocidad y una marea de niños y jóvenes sale al patio.

Felices de usar la energía que tienen acumulada, mientras sus profesores sueltan un suspiro, se muestran cansados, tristes, quizá decepcionados. Esta profesión es especial, exige demasiado y, aunque da grandes recompensas, el esfuerzo es apabullante.

Sin duda, la presión que sienten los maestros es el gran riesgo de nuestros tiempos. El mundo ha cambiado y los viejos discursos ya no emocionan a nadie, el peligro es perder la motivación y alejarnos de nosotros mismos. Por eso la unión y la esperanza son pequeños rasgos que debemos mantener. Emoción



que sin duda sienten estos maestros, pues a pesar de las dificultades, veo que no se derrumban.

Antes de darme cuenta, el profesor de los jóvenes que sueñan con ir a una Expociencias ha entrado a la oficina de su director, ha recolectado bríos, seguramente de sus propios alumnos, y con mucha seriedad habla en la oficina, el director lo mira, diría que con ternura, sin interrumpirlo, lo deja seguir con su discurso. Me acerco para escuchar el diálogo, no puedo evitar una sonrisa, pues con mucha energía dice al director:

—Entiendo que no es fácil conseguir los recursos, pero no olvide que nosotros como formadores, como maestros, como guías, somos el cambio. ¿Será difícil? Sin duda, pero todas las cosas que valen la pena lo son. ¿Enemigos? Claro que los hay, son muchos los distractores, pero podemos utilizarlos a nuestro favor. Saquemos provecho de ello, vayamos un paso más lejos, seamos parte también de ese mundo, formemos seres humanos críticos, que distingan las cosas buenas, decididos. Ese cambio está en nuestras manos.

El mismo director se impresiona ante tanto ímpetu mientras asiente con la cabeza, con una sonrisa agrega:

—Tiene razón, maestro, por eso he contactado ya con las autoridades del Estado, parece que tendremos una respuesta positiva. Seguramente podremos llevar a los alumnos a la Ciudad de México, y quién sabe a dónde llegarán.

Los profesores se abrazan, sin duda alegres e ilusionados.

Me alejo por los pasillos hasta que llama mi atención una maestra solitaria que lee afanosamente mientras come algo. Me acerco por curiosidad hasta descubrir que se trata de la joven maestra que tiene a su alumna con hipoacusia, pero me sorprende más porque noto que prepara una clase sobre lengua de señas, busca referencias e incluso ve algunos videos, no solo aprende ella sola, es obvio que buscará integrar a sus alumnos.

Nada podría alegrarme más, pues ambas sabemos que la estigmatización es una de las barreras que más ha impedido el objetivo último: Educación para todos. Y esta maestra busca derribarlas.

Algo en el pecho, parecido a la esperanza, se revuelve de alegría, pero me encuentro con esa maestra que antes maniobraba en su salón de clases con el niño «malportado», todavía preocupada conversa con una compañera:

—No te agobies tanto, ese alumno tiene fama, todos sabemos que es demasiado travieso. Ni su mamá lo controla—. La consuela un maestra a la orilla del patio de recreo.

—Sí, lo sé, por eso he tratado de indagar un poco. ¿Por qué ese alumno no se integra al aula? Para mi, como docente, siempre es necesario recordar que toda acción comunica algo, escuchar al alumno es obligatorio, pensar que muchos desafíos responden a carencias: afectos, tiempo, familia. ¿Cómo ser parte de un grupo, si no logra sentirse parte de su hogar?—. Pienso que este y muchos otros forman parte de los desafíos diarios de un maestro, que se encuentra con alumnos tan diversos como él mismo.

Lo que maestras y maestros enfrentan cotidianamente conlleva muchas experiencias de vida: un sinfín de circunstancias que envuelven a nuestros alumnos. Y eso nadie lo sabe, solo los maestros, que lo entienden porque lo viven con ellos. No es necesario ser astronauta para conocer el lado oculto de la Luna, ser maestro es suficiente para asomarse a esas experiencias que no quedan plasmadas en ningún documento, lejos de la luz de los reflectores, pero que forman parte de la educación y del currículo del docente, sin que nadie lo sepa, sin que nadie lo vea.

Finalmente, la maestra expresa su decisión, quiere buscar una solución sin importar lo que otros le digan:

—Problemas nunca han faltado, pero siempre los docentes encontramos una solución, somos nosotros quienes, en ocasiones, atendemos todos los asuntos, dentro y fuera de las aulas. Como maestros, debemos retomar la responsabilidad que nos ha dado la vida, la sociedad y nuestra vocación. Seamos el cambio.

Su compañera la observa preocupada, pero le da la razón. Seguramente seguirían la discusión, pero suena la campana y todos los alumnos deben volver a





los salones. Decido seguirla, pues me doy cuenta que no se dará por vencida, su actitud me recuerda una palabra que aprendí hace poco. «Resiliencia» es un término poco conocido, pero utilizado en física, adoptado por la psicología para hacer referencia a la capacidad humana de hacer frente a las adversidades, superarlas y salir fortalecido.

Al llegar a su salón, llama al estudiante del que hablaba antes, lo mira a los ojos, le habla con tranquilidad, pero con firmeza.

—Yo quiero ir a hablar de ti a la dirección, pero solo para contarles tus logros. Quiero que todos en la escuela sepan de ti, pero no porque seas un «niño problema», sino por tus increíbles conquistas. ¿Eso te gustaría?

El niño se ha quedado atónito, posiblemente nunca antes le habían expresado algo así, pero se hincha de orgullo de inmediato y asiente entusiasmado. Claro, quiere que otros sepan que es capaz de todo.

—Entonces hagamos un trato. De aquí a diciembre vas a estudiar, vas a tratar de llevarte mejor con tus compañeros y vas a ser el jefe de grupo. Yo te ayudaré todo lo que pueda, pero

a cambio tienes que trabajar para que las cosas salgan bien. Todos en la clase vamos a colaborar. ¿Verdad que sí, niños?

El coro responde que sí, claro, a todos les conviene que las cosas vayan mejor. El desafío ha sido establecido y la expresión de la maestra cambia, sabe que se aproxima un gran desafío, pero ha dado el primer paso. Su alumno se sienta, todavía sorprendido y alegremente busca su cuaderno. Uno de sus compañeros nota que no tiene con qué escribir, pero se acerca a ofrecerle un lápiz, para él todo es diferente ahora.

Recuerdo de pronto a los jóvenes científicos y corro hasta su ventana, en su salón el maestro ha entrado a contarles sobre su conversación con el director.

—Muchachos, estamos haciendo lo posible. Nada es seguro aún, pero es momento de preparar maletas, porque este proyecto podría llegar a la Ciudad de México.

La algarabía es instantánea, pero el maestro trata de apagar los gritos, para no molestar a las clases aledañas. Se ve orgulloso, contento, se ve que tiene esperanza de ver a sus alumnos llegar muy lejos.

Ya solo me resta saber cómo le va a la alumna que no escucha. Me asomo y veo que la maestra les cuenta a sus pequeños sobre la Lengua de Señas Mexicana.

—¿Saben lo que es un idioma? Aquí hablamos español, pero algunos de ustedes hablan también náhuatl y en otros países inglés o francés. Bueno, esta lengua es similar, solo que no

se habla con la boca, sino con las manos. Vamos a practicar algunas palabras, porque queremos comunicarnos mejor con Jatziri. ¿O no?

Los alumnos están en esa edad en la que les entusiasma todo lo nuevo, sin dudarle se ponen a trabajar, pronto estarán hablando con las manos, me doy cuenta que en este salón caben todos.

El día termina para los jóvenes de esta escuela, pero para los maestros aún resta trabajo. Calificaciones, repasos, planeaciones de clase. Todos se encuentran de nuevo en la sala de maestros y conversan un poco. ¿Cómo le ha ido al joven foráneo? ¿Qué experiencias intercambia los docentes en ese espacio?

La maestra que acaba de hablar con su alumno rebelde les cuenta a sus compañeras su decisión, una de ellas la felicita y le responde con franqueza:

—Frases como «Lo queremos, profe» ó «Maestra, la queremos» son el resultado de algunos minutos de comprensión y empatía; a veces, escuchar a los alumnos es tan importante como el temario de clase. Acercarse a los alumnos, explicar las veces que ellos lo necesiten, observar sus caras, leer en ellas qué quieren decirte, aún sin mencionar palabra, sentarse en esos pupitres y recordar qué significa ser alumno, cuán importante es que el docente te aprecie, te reconozca. Sin duda, así disfrutarás ser docente, sentirte orgulloso, pues en pocas horas a la semana puedes llegar a influir en, por lo menos, un niño, para que su día a día sea alegre y se sienta apreciado,

no lo sabemos, pero es posible que incluso seas quien cambie una de esas vidas para siempre.

No tengo la menor duda, ser maestro da un crecimiento personal y una madurez que probablemente en otras profesiones no se logra.

De pronto veo al maestro que seguí hasta llegar aquí, él las escucha y no puede evitar añadir su experiencia:



—Lo que un niño le da a su maestro no se puede comprar con ningún dinero: su cariño incondicional, los «te quiero» que regalan sin reservas, esas pequeñas cosas son el motor que me alienta a seguir como docente día a día, hasta que llegue el momento de retirarme, cuando guardaré la satisfacción y el amor a mi profesión como el mayor de los tesoros.

—Así es —responde una de ellas—, no podemos olvidar que, como docentes, debemos conocernos a nosotros mismos, necesitamos saber en dónde nos encontramos para facilitar la enseñanza, sólo así

nuestros alumnos se sentirán contentos y motivados, con ganas de volver a la escuela día a día para seguir con su educación y convertirse, en el futuro, en buenos integrantes de nuestra sociedad.

—Yo siempre, al final del día, me detengo un momento y los observo, mis pequeños gigantes, que aún no logran verse a sí mismos, que aún no descubren el gran potencial que tienen —agrega alguien más mientras se levanta a preparar un café—. El maestro está a su lado, pero quienes luchan y lo dan todo son ellos, solo ellos. Con cierta fragilidad y una enorme fortaleza, contagian su ímpetu, su espontaneidad y su alegría, aunque también el temor y la expectativa; a pesar de todo, siempre me regalan cierta calma, con su seguridad, porque saben que pueden, que entienden, que conocen.

De pronto recuerdan al joven foráneo que los escucha tímido desde un rincón y voltean para preguntarle cómo le ha ido, si ha sido un buen día. Encantado de que lo integren al grupo les dice que todo ha ido bien, pero que aún tiene dudas sobre la tarea que les ha dejado a sus alumnos, por lo que pide un consejo, una guía para saber si va por buen camino.



El maestro más grande le responde con mucho entusiasmo y sin pensarlo demasiado, la práctica le dice qué hacer. —¿Qué tareas motivan a los alumnos? Aunque parezca evidente, quiero hacerlo explícito: los alumnos quieren ser admirados por sus profesores. Como docente, mi experiencia me ha dicho que las mejores tareas son las que hacen sentir a los alumnos orgullosos de sí mismos. Es importante disfrutar la presunción del estudiante: «mire, que bien me quedó», «escuche cuántas cosas sé de esto». Inequívoca prueba de que esas tareas van por buen camino. Al igual que nuestra labor. Pero ¿cómo te sentiste? ¿Cómo acabas el día?

—Un poco cansado, pero con la satisfacción de haber hecho lo mejor en este andar del conocimiento diario y necesario.
—Responde el joven foráneo.

—Bueno, me da gusto que así lo veas—. Responde el maestro, quien se levanta y se dirige a la salida, pero antes de irse, añade, —me voy a casa, al refugio en donde sé que me esperan. No olviden que, aunque la labor nunca se acaba, al final del día siempre hay recompensas en casa. La actualidad es día a día más demandante, por eso los maestros debemos caminar con más ímpetu, para que nuestro andar se escuche y nuestra huella quede marcada, ir siempre un paso adelante con vocación y profesionalismo, como generalmente los docentes lo hemos hecho a lo largo de la historia y, seguro estoy, lo hacen hoy en día.

Los profesionales de la educación se esfuerzan día a día para fomentar los valores que identifican a nuestra nación, al señalar los aciertos y errores de las distintas etapas de la vida nacional, desde la época prehispánica hasta la modernidad. Es su tarea mantener vivo ese sentimiento, para sacar adelante a la sociedad, lejos del odio y beneficio propio que sólo perjudican al país. México es más grande que sus problemas y, sin lugar a dudas, su mayor riqueza, aparte de su gente, es su identidad nacional .

¿Quién mejor para crear las condiciones sociales que permitan arraigar la identidad nacional que las maestras y maestros del sistema educativo nacional?

¿A cuántos de nosotros nos recordarán como la persona que inspiró sueños convertidos en realidad? Como aquellos maestros que guiaron y sembraron los valores para el cambio. Retomemos esos principios,



seamos creadores, inventores, formadores de actividades que los devuelvan, nos hacen falta. Podemos mejorar mucho a nuestra gran nación.

Se buscan docentes de juventud eterna y de virtudes formadas en la profusa mar de la experiencia. Se busca una esperanza, se busca una sonrisa, una mirada nueva, docentes que se adapten a las exigencias del presente para transformar las aulas y las vidas de nuestros jóvenes. No hay dificultad en esta búsqueda, pues en nuestra tierra abundan los maestros y las maestras que asumen su tarea cada día que la vida les regala.

Aunque me preocupa el país y todos los males que lo aquejan, al final del día, vale la pena hablar de los maestros, uno de mis más grandes orgullos, ya que a diario enseñan a leer, a multiplicar y a hablar con el corazón.

Creo que gracias a ellos la escuela está viva. Esos maestros están siempre listos y dispuestos a volver a empezar, sin importar los desafíos, pues, para ellos, lo más importante es que los estudiantes aprendan a vivir con luz, con éxito, con fuerza, y seguir haciendo del salón de clases un espacio para la esperanza.

La educación de los seres humanos, de los mexicanos, es algo que se encuentra mucho más allá de un interés político o económico, por eso debemos seguir adelante con ganas y con calidad humana, como lo hacen todos los maestros de este país.

Para que las propuestas y todos los cambios lleguen a buen puerto, es necesario cambiar nuestras estructuras internas.

La pasión del docente es ya un buen inicio, navegar juntos, alumnos, maestros, padres de familia y resto de la sociedad, será la ruta necesaria para lograr nuestro propósito: un brillante futuro para cada estudiante. 🌱

EPÍLOGO

El profesor Samuel Vega (Sección 12) encabezó un proyecto con sus alumnos de secundaria que ganó, en 2012, Expociencias Nacional en el World Trade Center de la Ciudad de México. Gracias a eso viajó con tres alumnos a Asunción, Paraguay para presentar un proyecto basado en gasolina, unicel y pegamento blanco. Toda su comunidad, el director de la institución y diferentes instancias colaboraron para que esto pudiera suceder. Tras el éxito, el profesor continuó su labor y varios proyectos más han logrado destacar en concursos nacionales e internacionales.

Elia Castañeda (Sección 30) enfrentó un gran reto al inicio de su carrera como maestra cuando le asignaron un grupo de segundo grado caótico y rebelde. De inmediato identificó al cabecilla, un niño que repetía por tercera ocasión el año. Con tal de apoyarlo indagó en su historia personal y descubrió que necesitaba mucho cariño, además de confianza y respaldo. Aunque tuvo que dejarlo al poco tiempo, mantuvo contacto con ese alumno que marcó su carrera. Con el paso del tiempo, el alumno logró graduarse como abogado.

En su segundo año como docente, Cynthia Paredes (Sección 9) enfrentó el reto de enseñar a una alumna de segundo grado con hipoacusia, no podía escuchar. A pesar de las dificultades

que tuvo, decidió investigar la mejor manera de comunicarse con ella y aprendió lengua de señas, algo que le permitió enseñarle y verla progresar. Tras el sismo del 19 de septiembre, la maestra perdió contacto con su alumna, pero es consciente de que su esfuerzo imprimió un cambio en su vida escolar.

Gran parte del contenido de este breve relato se ha extraído de las historias y reflexiones que algunos profesores han compartido con Sala de Maestros.

Si quieres conocer sus voces y experiencias escanea este código QR desde tu celular.



SNTE *Sindicato
Nacional de
Trabajadores de la
Educación*

"POR LA EDUCACIÓN AL SERVICIO DEL PUEBLO"